

y allí con indevotos ojos, riendo tal vez y hablando, y caminando en confuso tropel á guisa de sediento rebaño; si de mala gana se sientan en polvosos escaños, y á toda prisa entonan en desacorde guirigay los divinos oficios; si de tal manera leen los Santos Evangelios que ni el oyente puede entender, ni el lector da muestras de comprender lo que lee; si las oraciones vuelan precipitadas aun en los momentos más solemnes, y las rodillas nunca tocan el suelo, ¿no debilitará todo esto la fé de quienquiera que presencie semejantes desórdenes? ¿No dejará la impresión de que el sacerdote, más bien que sacrificador de la Nueva Ley, es algún cómico de la lengua que ni cree en los divinos misterios, ni adora al Señor, ni pretende que los circunstantes lo adoren en su presencia bajo las sagradas especies? ¡Ah, Venerables Hermanos! Yo os ruego que *améis* muy de veras *la majestad de la casa de Dios*; que practiquéis con escrupulosa exactitud las ceremonias prescritas por la Iglesia; que estudiéis continuamente las rúbricas, y que hagáis resplandecer en las fiestas de vuestras parroquias la piedad y el decoro.

Antes que se reuniera el Concilio Vaticano, habían notado no pocos Prelados, que muchos de sus clérigos, interpretando de un modo exagerado los Cánones sobre el traje clerical y la gravedad del eclesiástico, habían llevado la sencillez hasta el desaliño, y la modestia hasta la rusticidad, al grado que juzgaban aquellos que sería menester promulgar nuevas leyes que prescribiesen la limpieza y la urbanidad. Sea lo que fuere de esta opinión que algunos obispos habían formado, cuando yo todavía no lo era, os la comunico para que de ella os

aprovechéis. El sacerdote, sea cual fuere la sociedad á que haya estado acostumbrado en la infancia, al recibir la unción sagrada entra en una categoría social, en que son indispensables las buenas maneras, el trato agradable, el porte caballeroso; sin esto, la Religión no podrá hacerse amable ni amada.

A los que tenéis cura de almas recomiendo el mayor orden, la mayor exactitud, el más escrupuloso cuidado en vuestros libros y en vuestros archivos. Uno de los pretextos de que se valieron los enemigos de la Iglesia para justificar el establecimiento del registro civil fué la negligencia en esta parte de algunos párrocos y notarios. Muy triste sería dar motivo á acusaciones de este género; y es conveniente velar sobre nuestros subordinados, y evitar que en libros que muchos ojos, aun profanos, han de recorrer, aparezcan esas faltas de ortografía y gramática, no demasiado raras, que dan tan mala idea de la ilustración y ciencia de quien tiene á su cargo una parroquia.

Más de una vez se os ha recomendado en los ejercicios esa *indiferencia* en que tanto insiste San Ignacio, y que es indispensable para vivir dichoso. Ya que se os ha hablado de las disposiciones interiores con que habéis de acoger las órdenes de vuestros Prelados, permitidme que añada dos palabras acerca del comportamiento exterior en ciertas ocasiones. Por más enemigo que sea un superior de mandar con imperio; por grande que sea su afán por tener á todos contentos, hay veces en que le es imposible colocar ó dejar á determinado súbdito en el puesto que éste desea. Yo os ruego que en tales casos no lo exasperéis buscando recomendaciones que

sólo por compromiso se conceden generalmente, ó recogiendo en las escuelas y en las plazas nombres más ó menos desconocidos, que partan con los borrones inseparables de tales ocursos, la honra de llenar algunas cuartillas de arrugado papel.

No hay quien no conozca el valor de esas firmas, que con igual facilidad se dan para una petición en favor de un cura, ó para una representación en su contra; que con la misma prontitud autorizan un inmerecido elogio, y una calumnia sin fundamento. Si el superior tiene la más mínima dosis de firmeza, jamás hará caso de peticiones en que se pretende coartar su voluntad y obligarlo á lo que no quiere; antes bien, perderá mucho en su estimación quien recurre á este medio semi-revolucionario, de que jamás hace uso un buen sacerdote.

No estamos lejos de las fiestas de Navidad, en que mi venerable Predecesor estableció una colecta en favor del Seminario; y ya que se me presenta esta bella oportunidad, no quiero dejarla pasar sin rogaros que redobléis vuestro celo y vuestra actividad para obtener fondos con que sostener y mejorar nuestro plantel. Muchas de las oblaciones que se hacían á vuestro antiguo Prelado, han cesado del todo, ó disminuido notablemente desde que yo empecé á gobernaros; y abrigo no infundados temores de que también vosotros juzgaréis que mis recursos particulares son tan abundantes, que bastan para cubrir todos los gastos á que antes contribuían el clero y los fieles. Desengañáos, Venerables Hermanos. Si no socorréis vosotros y vuestros feligreses este plantel á que tantos beneficios debéis, nos aguardan días bien amargos. No están terminadas sus paredes ni sus

salones; no hay suficientes dormitorios para los seminaristas, ni bastantes aulas para los profesores. Hay aposentos sin puertas, y ventanas por donde penetran sin obstáculo el sol y la lluvia. Todo es motivado, como no se os esconde, por la falta de elementos. ¡Y si supierais que debemos sumas no despreciables á los artesanos que aquí trabajan! ¡Si supierais que no podemos llamar *muestro* el edificio en que habéis practicado los santos ejercicios!

Lo más doloroso, Venerables Hermanos, es que mientras nosotros somos deudores á quienes menos convenría dejar de pagar con prontitud, al Seminario se le deben cantidades ya considerables por quienes más puntuales debieran ser en satisfacer sus obligaciones para con el mismo. Yo ruego encarecidamente á todos los párrocos, presentes y ausentes, que sean siempre fieles y exactos en pagar la pensión conciliar, para ellos insignificante, para el Colegio de vital importancia.

Venerables Hermanos de Tamaulipas:

Con sumo placer os he visto acudir á mi llamamiento, y os doy las gracias por este último acto de deferencia que habéis tenido con vuestro Jefe, cuando ya ningún interés humano podía impulsaros á obedecerlo. Inmenso es el beneficio que el Señor os ha hecho trayéndoos á este santo retiro, despues de tantos años de no haber podido recoger vuestro espíritu y pensar, apartados del mundo, en vuestra eterna salvación. Dentro de breves días estará entre vosotros mi ilustre sucesor, y tendré la satisfacción de entregaros en sus manos, recientemente

purificados. Este último servicio que he prestado á mi primera diócesi, proporcionándoos los medios de practicar los ejercicios de San Ignacio, no es por cierto el menos importante; y ruego á mi Ángel tutelar se digne ponerlo en la balanza, por desgracia sobrado ligera, de mis escasos merecimientos.

No os contentéis con este retiro. No hay nave, por buena que sea, que después de flotar largos meses por el Océano, no necesite acogerse al astillero á reparar las averías de su casco, á renovar su jarcia y remendar su velamen. Y si el mar por que acostumbra navegar es habitualmente borrascoso, si abundan los escollos y soplan con frecuencia los huracanes, más á menudo tendrá que abrigarse en el puerto reparador. Lo que este año ha facilitado en gran manera vuestra venida, ha sido la feliz circunstancia de hallarse provisoriamente reunido en mi persona el gobierno de una y otra diócesi. La nueva separación que pronto tendrá lugar espero que no impedirá vuestro concurso en los años venideros. Las puertas de esta mansión quedan abiertas para recibirlos; mis eclesiásticos estarán dispuestos para llenar vuestro lugar en las parroquias que dejéis por venir al retiro, y mi amistad con vuestro nuevo Prelado hará que combinemos juntos los medios que os allanen el camino de la santificación.

Señores Capitulares, Venerables Párrocos y Sacerdotes de ambas diócesis:

Dentro de breves instantes vais á recibir de mis manos el Cuerpo Sagrado de Jesucristo, después de hacer

tácita profesión de vuestra fé, al besar en mi dedo el anillo que la simboliza, *signaculum fidei*. No os pese privaros hoy día de celebrar el santo Sacrificio por seguir la costumbre establecida en los ejercicios por mi venerable Predecesor. ¡Es muy dulce unirse en derredor de la sagrada Mesa, y participar del precioso Banquete! Aun en concilios provinciales se ve al Metropolitano comulgar con su mano á los Obispos sufragáneos, en prenda de santa paz, unión y fraternidad. ¡Quiera Dios que estos lazos de obediencia y amor á vuestro Jefe, que al pié de los altares y en presencia de Jesús Sacramentado consagráis hoy solemnemente, no se rompan ni se debiliten por todos los siglos de los siglos!

